

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/348563778>

Del espacio a la espacialidad: espacio social y político

Chapter · November 2020

CITATION

1

READS

84

2 authors:



Arturo Romero Contreras

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

66 PUBLICATIONS 21 CITATIONS

SEE PROFILE



Sabina Morales Rosas

WZB Berlin Social Science Center

24 PUBLICATIONS 21 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Intelectuales y filosofía [View project](#)



Calidad de la democracia y desigualdad [View project](#)

Gerena Carrillo, Luis Alonso

Poder, violencia y Estado: discusiones filosóficas sobre los espacios de conflicto / editado por Luis Alonso Gerena Carrillo; Arturo Aguirre Moreno. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2020. 205 pp. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-691-808-4

1. Violencia. 2. Poder Político. 3. Filosofía. I. Aguirre Moreno, Arturo II. Gerena Carrillo, Luis Alonso, ed. III. Aguirre Moreno, Arturo, ed. IV. Título.
CDD 320.01

Los artículos que componen esta publicación fueron sometidos a arbitraje por pares.

Este libro se realizó con el apoyo de recursos autogenerados del Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades CIIHU-UAEMOR; y se imprimió con recursos alternos de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP.

Diseño de tapa: Luciano Tirabassi
Armado: Lucila Domínguez

© Los autores, 2020

© Editorial Biblos, 2020

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires

editorialbiblos@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com.ar

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición fue impresa en Imprenta Dorrego,
avenida Dorrego 1102, Buenos Aires, República Argentina,
en junio de 2020.

Índice

Nota introductoria	9
1. Espacio, territorio y poder <i>Bily López</i>	13
2. Cuerpos nómadas: entre la impotencia y el sentimiento de potencia <i>Rafael Ángel Gómez Choreño</i>	33
3. Del espacio a la espacialidad: espacio social y político <i>Arturo Romero Contreras y Sabina Morales Rosas</i>	63
4. Sobre el totalitarismo: un espacio de ficción para la realización del terror <i>Luis Gerena Carrillo</i>	95
5. Espacios de conflicto: aproximaciones al concepto del <i>campo de concentración</i> <i>Alicia Paredes Nolasco y Arturo Aguirre Moreno</i>	113
6. Dispositivos del feminismo: una aproximación foucaultiana <i>María Fernanda Miranda González</i>	129
7. Políticas de la sustancia, políticas del concepto: poder, violencia y fuerza en Hegel <i>Zaida Olvera</i>	149
8. La “jaula de hierro” y el problema de la pérdida de subjetividad en el ejercicio del poder político según Max Weber <i>Sergio Lomelí Gamboa</i>	177

3. Del espacio a la espacialidad: espacio social y político

Arturo Romero Contreras y Sabina Morales Rosas

Del pensamiento del tiempo al pensamiento del espacio

Comenzamos este texto con una pregunta, por algo que podríamos llamar un signo propio de la época, a saber, la proliferación de aproximaciones espaciales a los más diversos problemas y desde las más diversas disciplinas. No podemos dejar de notar que eso, cuyos signos se dejan recoger a pesar de su dispersión, en algo que llamamos época, sobreviene después de un agotamiento de la radicalización del historicismo y de un pensamiento del tiempo.

En la filosofía podríamos datar los primeros visos de una consideración esencial de la historia en Occidente en Vico o en Herder, pasando por Schiller y Hegel, hasta desembocar en lo que propiamente llamamos historicismo en Dilthey o Rickert. Al historicismo sigue un refinamiento de la pregunta por lo temporal, una depuración de su contenido social evidente, con miras a hacer emerger una suerte de pensamiento puro del devenir, un pensamiento que no coloca las cosas *en* el tiempo, sino que pretende mostrar la *génesis* misma del tiempo. No podríamos mencionar aquí sino a Heidegger. El título de su *opus magnum* será *Ser y Tiempo* y pese a las referencias espaciales que se pueden encontrar ahí, la preeminencia del tiempo sobre el espacio es incontestable.

En las ciencias sociales, exceptuando aquellas cuyo objeto de interés tiene una evidente dimensión espacial, como la geografía o el urbanismo, la prevalencia del tiempo sobre el espacio suele ser notable. El centro de

atención se condensa en la pregunta sobre cómo los procesos sociales se despliegan en el tiempo, cómo evolucionan históricamente. Las preguntas seminales de la sociología sobre el cambio social son en el fondo preguntas por las causas históricas, sea de la modernidad, del Estado nacional o del capitalismo. Un pensamiento de la temporalidad en la sociología clásica es denominador común de teorías incluso opuestas. Lo encontramos en el evolucionismo positivo de Auguste Comte tanto como en el materialismo histórico de Karl Marx. En la teoría sociológica contemporánea incluso se reflexiona directamente sobre el tiempo social, como en la obra de Fernand Braudel. El tiempo es el eje del análisis histórico comparado que ha dado lugar a las grandes investigaciones posestructuralistas sobre revoluciones sociales, como en la obra de Barrington Moore o de Theda Skocpol, tanto como a las teorías neoclásicas del cambio institucional en la historia económica de Douglas North, por citar algunos ejemplos.

Hoy, en cambio, podemos apreciar discursos sobre el espacio en la antropología, la arquitectura o la geografía lo mismo que en la filosofía, y una preponderancia creciente en las artes plásticas por encima de la música. La ciudad misma nos cautiva ya tanto en su dimensión histórica como en su dimensión espacial: espacios, fronteras, límites desplazan el discurso sobre la genealogía, el origen o la decadencia. Pero no se trata tanto de una nueva inversión que busque someter al tiempo a un nuevo imperio de la espacialidad. Lo que atestigüamos habla más del fin de los discursos sobre el fin, de la caducidad de un discurso radicalizado de la historia y del tiempo y de la emergencia de un pensamiento de la espacialidad.

No es la intención profundizar en ello aquí; basten solo unas indicaciones para mostrar el destino del pensamiento de una temporalidad radicalizada que acabamos de mencionar. El discurso sobre la historia se radicalizó hasta abarcar todos los dominios del saber hasta, finalmente, someterse a sí mismo a su principio. Es así como el historicismo se historiza. Con ese gesto la idea misma de origen (de comienzo, de surgimiento) y de final (cumplimiento, teleología) se vuelven dudosas y, su contenido, arbitrario. Todo contenido positivo, interpretado como producto o instancia consti-

tuida, debía remitirse a su proceso de constitución, a su génesis. Pero en ese momento la historia se degrada convirtiéndose en un devenir indiferente, donde todo puede ser remitido a la escena de su nacimiento, sin que ello explique nada, ni garantice ningún nuevo comienzo, ni ninguna emancipación. Lo que pudo comenzar como un discurso demoledor del *ancien régime* en todas sus formas y variaciones (en sentido moral, como en Nietzsche, en sentido filosófico, como en Heidegger o en sentido político como en Marx) con miras a un nuevo inicio, acaba más bien en el *reconocimiento de una condición de finitud e impotencia*. El trabajo preparatorio de la destrucción de una historia de la metafísica, del etnocentrismo, de la moral, del hombre, fue perdiendo su potencia negativa hasta arribar a un escenario paradójico: el medio, es decir, la crítica o la deconstrucción, se vuelve el fin en sí mismo, mientras que el fin, una liberación en el modo en que se piense, se ofrece ya como la ilusión principal, el cebo gracias al cual Occidente se hunde más y más en su abismo (llamado olvido del ser, nihilismo o decadencia). Finalmente, como ya hemos dicho, la apertura que prometía una lectura originaria del tiempo, donde todo sería posible, nos conduce a un paradójico resultado: la esterilidad del tiempo bajo la forma del aburrimiento (que Schopenhauer reconocía ya en *El mundo como voluntad y representación*, junto a la frustración, como el destino de todo deseo). En sí, todo es posible, pero nada importa realmente, porque el mundo no puede dejar de ser mundo, de ser presencia, economía y cálculo. Y donde todo es posible en abstracto, nada es efectivo en concreto.

Contrastan los análisis del primer historicismo, ricos en datos históricos concretos, con los de la hermenéutica y la deconstrucción, donde la única historia que cuenta es la de la metafísica, la cual se distancia definitivamente de la historia *efectiva*. El resultado es una historia que ya no relata nada pero que, al mismo tiempo, se vuelve más ilegible que nunca. O, más bien diríamos, se ha vuelto *hiperlegible* (es decir, se ha convertido en escritura, en el sentido de que no puede haber una lectura que abarque todas las lecturas) desde innumerables relatos, perspectivas, técnicas, etc., haciendo ya imposible su unificación en una historia universal. El potencial crítico

que resguardaban la genealogía, la crítica histórica y la deconstrucción se diluye en una proliferación indiferente de “relatos”. Las teorías poscoloniales, incluido el giro decolonial, no solo elaboran sobre ello, sino que son síntoma mismo del resquebrajamiento del historicismo universalista. Pero ello llama la atención que los discursos contra las categorías eurocéntricas del ser, del Estado, del desarrollo, de la familia patriarcal, etc., reivindiquen hoy al espacio como fuente de sentido y categoría de análisis para criticar o al menos suplementar las genealogías resultantes del historicismo. Parece como si la multiplicidad abstracta abierta por la filosofía del tiempo buscara en el espacio criterios de *orientación* para el pensar, que a su vez aseguraran una relación diferente con la praxis. Ejemplos de ello lo podemos encontrar en la distinción centro-periferia de la teoría de la dependencia,¹ o en la perspectiva sistema-mundo,² en tanto que apelan a un modelo geoespacial para criticar la linealidad del desarrollo social y económico de las teorías de la modernización con miras a una organización social más efectiva.

Propio de nuestra época es, también, un cierto pensamiento de la *multiplicidad*, que, por un lado, busca evitar toda positividad, toda unificación y todo discurso hegemónico. Pero, por el otro, reconoce la esterilidad de una estrategia esencialmente negativa (sustractiva, evitativa) y se lanza en búsqueda de nuevos conceptos capaces de hacer frente a las exigencias de la época. Los discursos del tiempo radicalizado pertenecen a la primera tendencia del pensamiento de la multiplicidad. Esto no solo atañe a las ciencias humanas y sociales. La lógica, por ejemplo, representante durante siglos de la infalibilidad de la razón, cuenta hoy con una infinidad de variantes. Hablamos de lógicas en *plural*, cada una con sus propios axiomas, de donde surge la pregunta qué hace a la lógica una lógica, expresada en una variedad aparentemente irreconciliable.³

1. Cf. R. Prebisch, “El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas”, F.H. Cardoso y E. Falleto, *Dependency and Development in Latin America*.

2. I. Wallerstein, *The Modern World-System 1*.

3. Cf. J.-Y. Béziau, “From paraconsistent logic to universal logic”.

Con ello se vuelve acuciante una pregunta: ¿qué dirección tomar? O, parafraseando a Kant, ¿cómo orientarse en el pensamiento? Parece que ahora mismo se impone la necesidad de introducir criterios espaciales (simultaneidad, estructura) en un ámbito que privilegia los criterios temporales (diferencia, secuencia, origen, final). Para quien piensa en América Latina, por ejemplo, la pregunta por el origen no reconduce a un solo sitio, a un *lugar simple*, sea Tenochtitlán, Caral, España o Grecia. El origen se *bifurca* (noción espacial por excelencia) al menos en dos direcciones, como una espina bífida: la pirámide (o el desierto, la pampa o la selva) y la cruz. Pero esta división del origen vale para todos los tiempos y latitudes.⁴ Esa verdad escrita en la plaza de las Tres Culturas en la Ciudad de México habla más de la bifurcación de la historia del ser, de la bifurcación del origen que de un pueblo original: “No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo”.⁵

Pero es precisamente en este punto donde el espacio nos dice algo sobre el tiempo y más allá del tiempo, pero no algo intemporal. El tiempo está dividido, ramificado, distribuido: posee una forma, posee un espacio. No hay una historia, un desarrollo, ni un ser, como no hay una lógica, ni un “hombre”. Sin embargo, no podemos caer en la pereza de celebrar una multiplicidad indiferenciada, una supuesta y desabrada diseminación que explica todo y nada. Porque esos tiempos están entrelazados, lo mismo que los hombres y las lógicas: producen ensambles, encuentros y desencuentros, líneas de continuidad y ruptura, anudamientos y cortes precisos. Pero dejemos estas figuras tan generales y gastadas. Lo que la naciente conciencia espacial nos dice es que ninguna cuestión existe fuera de una cierta extensión, es decir,

4. Algún día entenderemos que Occidente no surge de *un* suelo, *una* lengua, *una* geografía, sino de un *cruce* de ellos. Occidente es al menos el resultado de un forcejeo interno resultado de la síntesis imposible entre Jerusalén y Atenas.

5. Estela conmemorativa del “descubrimiento de América” en la plaza de las Tres Culturas, situada en el centro de la Ciudad de México. Entiéndase que con ello no se privilegia al mestizo sobre el indígena, sino que se reconoce la *condición* de mestizaje, que vale incluso antes de 1492, tanto para el indígena como para el español.

fuera de una *organización simultánea de elementos*. No podemos negar aquí la herencia estructuralista. Pero si en el estructuralismo se pensó la diferencia a partir de la oposición y de la cadena sintagmática,⁶ es decir a nivel de los *elementos*, de manera *puntual*, ahora debemos cambiar de nivel de organización, pensando conjuntos de diferencias, patrones de múltiples diferencias simultáneas gracias a un pensamiento espacial de la complejidad. Y si, siguiendo a Jacques Derrida,⁷ la diferencia piensa el retardamiento, el diferimiento de la presencia, diríamos que la espacialidad abre la posibilidad de pensar ahora *conjuntos* de retardamientos, la *simultaneidad de lo no simultáneo* o, si se quiere, una presencia no simple.

¿Es toda pregunta por el espacio pensamiento de la espacialidad?

El espacio aparece efectivamente como signo propio de nuestra época frente al historicismo y el pensamiento de la temporalidad; sin embargo, cabe preguntarnos si toda pregunta por el espacio destrona la hegemonía del tiempo para dar lugar a una nueva matriz conceptual espacial. Pensemos algunos ejemplos de las ciencias sociales.

6. Ambas ideas provienen de *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. La primera relación que observamos es aquella entre los fonemas, regida por la estricta oposición, por una lógica aristotélica, diríamos, donde está excluido todo valor tercero (rige el principio *tertium non datur*). La otra relación es puramente "posicional" y la explica Saussure a propósito del concepto "valor" Todo signo obtiene su valor con relación a otros signos que aparecen, por ejemplo, en una frase. El sentido queda abierto, deslizándose sobre cada nuevo signo y generándose de manera retroactiva.

7. Cf. especialmente J. Derrida, "La Différance", donde el autor afirma que es preciso pensar el devenir-tiempo del espacio y el devenir-espacio del tiempo, pero no repara en el hecho de que la regla que vincula tiempo y espacio es el tiempo como devenir, con lo cual la espacialidad queda nuevamente sometida.

El historicismo, por ejemplo, podría introducir la comparación espacial entre casos y no por ello apuntar a un pensamiento propiamente espacial.⁸ En el análisis comparado del modo de producción capitalista y del así llamado modo de producción asiático de Karl Marx o la teoría de Max Weber sobre el proceso histórico de racionalización de las instituciones (burocratización) deudora de la comparación entre países europeos con India o China, vemos que la dimensión espacial resulta secundaria. Esta remite en última instancia al tiempo, pues las diferencias entre localizaciones son debidas a la historicidad, son propias de su genealogía y no se deben a alguna característica atribuible al espacio geográfico o abstracto en el que acontecen. Un pensamiento de la espacialidad no solo debe reconocer la *secuencia* de eventos en un proceso (por ejemplo, que un sistema siga históricamente a otro en una región), sino su eventual *convivencia o simultaneidad* (pues lo "anterior" no es solo un fósil viviente, sino una realidad efectiva que tiene que habérselas con su "hijos" en *un mismo espacio de tiempo*). Los espacios "premodernos" no son solo anteriores a los "modernos", sino que, en muchos casos, coexisten con ellos (son simultáneos, lo que solo sucede en un espacio). Introducir el espacio complica el tiempo y su lectura lineal.

En la geografía o el urbanismo, por el contrario, la dimensión espacial es primaria. Territorio, extensión, delimitación, localización, son categorías consustanciales al objeto de estudio: la ciudad, el barrio, la frontera. Se trata de la pregunta por cómo el espacio es reflejo de relaciones sociales de dominación (como en el análisis del gueto como prisión extrajudicial de Loïc Wacquant),⁹ o de cómo la ciudad es funcional a la reproducción del sistema económico (como en el caso de los planteamientos de Da-

8. Sobre el historicismo en las ciencias sociales, cf. J. Mahoney y D. Rueschemeyer, *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*.

9. L. Wacquant, "Deadly symbiosis when ghetto and prison meet and mesh".

vid Harvey),¹⁰ o de cómo puede encarnar la ciudad en su segregación la desigualdad; y, a nivel planetario, de cómo las ciudades globales forman nodos de las estructuras reticulares de la globalización.¹¹ Pero aunque la dimensión espacial es evidente, *no necesariamente se piensa* en términos espaciales. Así como ordenar eventos secuencialmente no basta para un pensamiento historicista, tampoco bastan referencias espaciales para un pensamiento de la espacialidad.

Sea de manera primaria o secundaria, en los dos ejemplos anteriores observamos que la presencia del espacio no implica necesariamente una espacialidad en términos *conceptuales*. Citábamos ya la distinción centro-periferia de la teoría de la dependencia retomada por la perspectiva postestructuralista sistema-mundo. Esta nos permite mostrar cómo la dimensión espacial puede tener una connotación geográfica *a la vez* que conceptual. La dicotomía señala que el desarrollo capitalista no es el producto endémico del modo de producción nacional de los países europeos sino el resultado de un modo de producción mundial en el que los países del centro retienen para sí los beneficios derivados de la productividad mundial, resultando ello en el subdesarrollo dependiente de los países de la periferia. Por un lado, centro-periferia significa una relación geoespecializada particular de aquel fenómeno al que llamamos capitalismo y que nos remite a referentes concretos: Europa versus América Latina, por ejemplo. Sin embargo, esta también alude a una relación conceptual más general, estructuralmente extrapolable a fenómenos sin un inmediato asidero geográfico. Nos remite a la forma en la que el capital genera exterioridades y externalidades para su reproducción, sea en el capital financiero, en el mercado de trabajo o en la extracción de valor de la naturaleza por medio de la ciencia, siempre hay una diferencia que se traza y que divide un espacio social de manera sistemática. En suma, podemos decir que las teorías de la dependencia son modelos espaciales

10. D. Harvey, *Social Justice and the City*.

11. Cf. S. Sassen, *The Global City*.

de la política y que además pueden aludir a espacios geográficamente concretos. Pero entonces cabe preguntarse lo siguiente: ¿existe una forma de espacialidad puramente conceptual?

Estructura y espacio a propósito del concepto de campo social de Bourdieu

Conceptualmente la pregunta por el espacio es en última instancia una pregunta por la *estructura*. Pero si aquí se dice algo nuevo respecto del estructuralismo en las ciencias sociales, es porque podemos señalar las insuficiencias de aquel, a saber, la fundamentación de la idea de estructura en la teoría de conjuntos y el dominio de un punto de vista *algebraico*. La espacialidad *ensancha* necesariamente esta visión a una dimensión *topológica* (que podría continuarse incluso en un punto de vista *categorico*). Diremos algo al respecto más adelante. Por ahora baste afirmar que la topología es una consideración cualitativa (no tiene que ver con la medición), pero genérica (no trata exclusivamente de espacios “reales”) del espacio que atiende a dimensiones generales como globalidad, conectividad y continuidad, aunque no solo.

Es así como, directa o indirectamente, la estructura nos remite a topologías legibles en las relaciones sociales, políticas, económicas o culturales. Por esta razón es que podemos argumentar que hay un pensamiento espacial de la política en el materialismo histórico y no puro historicismo. En este sentido el concepto de *campo social* de Pierre Bourdieu es de particular interés en tanto que constituye una apelación directa a una espacialidad estructurante de la vida social: “Pensar en términos de campo es pensar relacionamente”,¹² afirma Bourdieu. El concepto de campo intenta trascender la dicotomía estructura-agencia planteando una relación dialéctica en

12. P. Bourdieu y L. Wacquant, “El propósito de la sociología reflexiva”, p. 149.

la que estructuras independientes de la conciencia (no subjetivas) de los agentes constriñen su acción, pero al mismo tiempo abren las posibilidades de su agencia en tanto que estas son creadas y recreadas por los agentes en su praxis, poniendo en juego la interiorización que han hecho de ellas (*habitus*). El pensamiento espacial se deja ver en la siguiente explicación:

En términos analíticos, un campo puede ser definido como una red o una configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones están objetivamente definidas, en su existencia y en las determinaciones que imponen sobre sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación presente y potencial (*situs*) en la estructura de distribución de especies del poder (o capital) cuya posesión ordena el acceso a ventajas específicas que están en juego en el campo, así como por su relación objetiva con otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etcétera).¹³

Como vemos, la estructura trata de espacios que derivan de distribuciones relacionales y que no son reducibles a meros conjuntos. Hay incluso una especificidad cualitativa en cada campo, pero también en cada nivel de agregación. Encontramos aquí un claro pensamiento espacial. Cuando se habla de campo y de subcampo Bourdieu no habla de subconjuntos que “hereden” las propiedades del conjunto superior, sino que integra consideraciones de *escala*:

Un campo no tiene partes, componentes. Cada subcampo tiene su propia lógica, reglas y regularidades, y cada estadio de la división de un campo (digamos el campo de la producción literaria) implica un auténtico salto cualitativo (por ejemplo, cuando nos movemos desde el nivel del campo literario al del subcampo de la novela o el teatro).¹⁴

13. *Ibidem*, p. 150.

14. *Ibidem*, p. 159.

La idea bourdieuana de campos y subcampos nos ofrece un modelo inicial de la complejidad social en términos espaciales, pero nos deja con varias incógnitas, por ejemplo: ¿en cuántas dimensiones se despliega el campo social?, ¿cuál podría ser su morfología (i.e. su topología)?, ¿cómo se conectan los diferentes subcampos entre sí y con el campo social, si es que lo hacen en absoluto? y ¿es el campo social *uno*? Estas son preguntas topológicas en cuanto se interrogan por la *globalidad*, la *conectividad* entre los espacios y sus posibles *equivalencias* (mapas o morfismos, en términos matemáticos) que, si no son resueltas por Bourdieu, quedan al menos apuntadas e indicadas. Otro ejemplo de un pensamiento de la espacialidad política un poco más desarrollado lo podemos encontrar en el concepto de imperio de Michael Hardt y Antonio Negri, el cual analizamos a continuación.

Ensamblajes de espacios a propósito del concepto de imperio de Hardt y Negri

Veamos esta condición espacial que se nos impone en el contexto de lo más propio de nuestra época, eso que llamamos el “orden mundial”. En su libro *Imperio*, Michael Hardt y Antonio Negri intentan definir la hegemonía política mundial contemporánea. La idea central, inspirada en los textos de Polibio, es que el modo de estructuración del imperio no se ciñe a *un solo* sistema político, sino que surge de una *combinación* de ellos.¹⁵ Polibio, lector de Platón, había dicho que todos los sistemas políticos son imperfectos y que las imperfecciones de cada uno son el caldo de cultivo, justificación y origen de otro, poniendo así en marcha una *sucesión* de regímenes. Se trata aquí de una visión evolucionista de las formas de gobierno basadas en sus deficiencias intrínsecas, pero que no tiende a ninguna finalidad. Pero

15. M. Hardt y T. Negri, *Empire*.

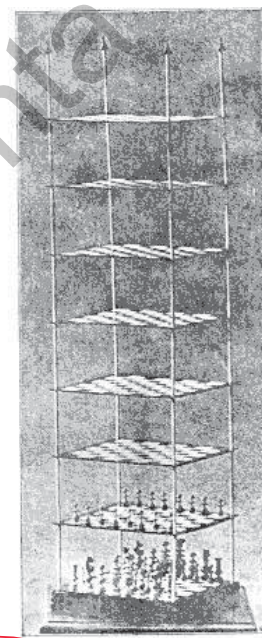
existe, según Polibio, una forma de gobierno más perfecta que cualquier régimen y es aquella capaz de combinarlos todos. El Imperio Romano es un ejemplo que toma elementos monárquicos, oligárquicos y democráticos en diferentes áreas. Y, si no es mejor, es por lo menos más estable, pues tiene la capacidad de afrontar los problemas de un sistema con los elementos de otro de manera flexible y novedosa.

Tejiendo sobre esta idea, afirman Hardt y Negri que hoy existe una estructura análoga en el orden mundial. Estados Unidos representa la *monarquía* o mejor el poder absoluto y centralizado capaz de mover ejércitos y armamento de manera indisputada por el planeta. Pero sobre esta capa se agrega otra, una *oligarquía* constituida por las empresas transnacionales que justamente ya no obedecen la vieja lógica de los capitales nacionales, aunque no por ello rompan toda alianza con sus Estados de origen (por el contrario, y en esto reside también el juego entre Estado y mercado que, lejos de constituir una oposición, constituye hoy una simbiosis cambiante y flexible). Finalmente aparece un tercer plano, el de la *democracia*, que se despliega en la esfera pública internacional donde habitan los medios de comunicación, las ONG y las organizaciones sociales. ¿Dónde está el poder entonces? Este es una relación, sí, pero al mismo tiempo se encuentra *distribuido* en diferentes escenarios *simultáneos*. Es esta la idea básica que avanzan Hardt y Negri y que, si uno la sigue hasta sus últimas consecuencias, rompe con todo historicismo trivial y toda secuencia simple, pero también con las simplificaciones contemporáneas que oponen la democracia al autoritarismo y a la oligarquía.

Un ajedrez tridimensional: espacios complejos

La imagen del tablero de ajedrez expuesta por Hardt nos da la idea de un mismo sistema repetido, una misma lógica multiplicada, es decir, las reglas del ajedrez, pero en diferentes tableros simultáneos. La idea tiene sus antecedentes. En septiembre de 1907 Ferdinand Maack presentó en el

torneo internacional de campeones de ajedrez en Karlsbad, Alemania, su propio modelo: *Raumschach* (ajedrez espacial). Se trataba de un tablero tridimensional formando un cubo de 8 x 8 x 8 casillas, que después fue reducido a 5 x 5 x 5.



Fuente: F. Maack, *Anleitung Zum Raumschach*, p. 25.

Pero ¿qué tiene que ver esto con el espacio? Veamos más de cerca. El mismo Hardt nos ofrece en una entrevista lo que parece una simple metáfora, pero que evidentemente se funda en un razonamiento espacial:

Entonces el Imperio Romano viene a la mente como este concepto de una constitución mixta [...] Polibio al llegar a Roma lo expresa de esta manera como tres niveles [...] dice que Roma es al mismo tiempo una monarquía, una aristocracia y una democracia, se trata de un tipo de imaginación geométrica [...] Hay tres formas mixtas simultáneas. Existe el gobierno de uno (el emperador), existe el gobierno de los pocos (la aristocracia, la oligarquía) y existe el gobierno de muchos. Todos ellos funcionan al mismo tiempo. Esta sería una manera de pensar el orden global hoy. De hecho, el ejemplo contemporáneo, o futuro, que me atrae más es un ajedrez tridimensional [...] En el tablero de ajedrez de hasta arriba habría algo como, digamos, el reino militar del orden mundial contemporáneo, y en ese tablero Estados Unidos es aún predominante [...] Pero hay un segundo tablero, digamos que es el tablero económico del orden global. Y hay un verdadero régimen aristocrático [...] Y hay un tercer tablero que contiene todo tipo de actores no estatales, los medios, llamémosla una variedad de redes, es un tablero bastante abierto [...] Y entonces lo que no podemos hacer es jugar en los tableros [separados] simultáneamente, sino [que tenemos] que jugar entre tableros, algo que va de manera diagonal a los tableros. Esa es una forma de entender el Imperio. Es una especie de intersección simultánea de estos tres tableros. Seguramente hay muchos otros. Yo solo pongo tres juntos [...] El juego del ajedrez ayuda [...] [respetando] la relativa autonomía de las diferentes esferas.¹⁶

El razonamiento geométrico es evidente: el mundo mismo está dividido en espacios interconectados, pero que guardan su relativa autonomía, lo que les da su tremendo poder de flexibilidad e innovación. Aquí ya no

16. A. Reszitaryk, T. Pollard y M. Hardt, "Three dimensional chess in the age of Empire: Pools, the multitude, and the commons. A Conversation with Andrew Reszitaryk", secs. 12:40-17:21.

estamos tratando con el sentido clásico de estructura (atemporal y única); aquí nos las vemos con *varias estructuras ensambladas con otras estructuras de manera dinámica*. Se trata de un espacio más complejo: un espacio de espacios. Mientras nuestras discusiones políticas se sigan moviendo en oposiciones y en la ferviente convicción de que democracia y autocracia, por ejemplo, son regímenes absolutamente excluyentes, no podremos avanzar en nuestra comprensión del mundo, el cual seguirá escapándose. ¿Pero qué significaría entonces una comprensión de los fenómenos a partir de la interconexión de diferentes tableros?

Existen entonces tantos tableros como cortes bidimensionales. En otras palabras, además de los cinco (u ocho) tableros horizontales, hay cinco tableros verticales según un eje y cinco tableros adicionales según otro, lo que permite que las piezas puedan moverse tridimensionalmente. Los argumentos que ofreció Maack sobre su invención son simples y penetrantes a la vez:

El ajedrez consiste en tres factores: *espacio* (terreno de juego), *tiempo* (secuencia) y *movimiento* o fuerza (formas de movimiento de las figuras) [...] La expansión del terreno de juego a la *tercera* dimensión no es ningún acto *arbitrario*, ninguna *complicación artificial* de ajedrez, sino una *postulado lógico-matemático*, un *completamiento natural* del ajedrez. Pues en primer lugar el ajedrez es un *juego de movimiento par excellence*. Hay que permitirles a las figuras la máxima libertad de movimiento y de posibilidades, es decir, poner a disposición nuestro *espacio* completo. En segundo lugar, el ajedrez es más que un juego, es la *ejemplificación de una antiquísima ciencia del espacio*. Esta también solo puede comprenderse de manera tridimensional. En tercer lugar, el juego de ajedrez exige, si la analogía con la guerra debe ser mantenida, una tercera dimensión. Pues la moderna estrategia utiliza, con sus aviones y submarinos dirigibles, el espacio completo. Igualmente deben ser posibilitados en el ajedrez *ataques por arriba y por*

abajo. Finalmente, debe ser apuntado que el ajedrez tridimensional probablemente es la “causa” primera de la cual el ajedrez bidimensional corriente es solo una derivación secundaria, una proyección sobre la superficie. Todas las reglas del ajedrez como juego de tablero son sustitutos para las leyes naturales del ajedrez tridimensional.¹⁷

La guerra moderna conquista todas las dimensiones del espacio. Y en general el mundo se organiza en varias *dimensiones* del espacio. Esta idea se prolonga en las reflexiones de Paul Virilio¹⁸ sobre la guerra como conquista de diferentes *escalas* del espacio. Hoy podríamos decir que también la economía ha sabido explotar la conquista del espacio. Las vías rápidas de dos niveles en la Ciudad de México, que permiten salir de las dos dimensiones y librar el tráfico, no son para todos, tienen un costo (y claras consecuencias de segregación). En casi todas las ciudades del mundo el espacio está también diferenciado: el propietario de un terreno es dueño del espacio hacia arriba que pueda construir, pero no del subsuelo, que pertenece al Estado. Pero hay un límite, porque a cierta altura comienza el espacio aéreo, que es de naturaleza internacional.

Guillermo O’Donnell, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead, en su conocido análisis sobre las transiciones políticas desde gobiernos autoritarios en Europa del Sur, del Este y América Latina durante la Guerra Fría, emplean la metáfora de un ajedrez en diferentes tableros o capas (arenas) para explicar los juegos de la transición. Considerando múltiples tableros

17. F. Maack, *Anleitung Zum Raumschach*, pp. 1-2.

18. “El espacio militar está experimentando hoy una transformación radical. La «conquista del espacio» por parte de empleados científicos y militares ya no es, como antes lo era, la conquista del hábitat humano, sino el descubrimiento de un *continuum* original que solo posee un vínculo distante con la realidad geográfica. A partir de ahora el guerrero se mueve al mismo tiempo en el espacio infinitamente pequeño de la física nuclear y en el infinitamente inmenso espacio exterior. La reducción objetos de guerra y el crecimiento exponencial de su rendimiento aporta al *establishment* militar aquella *omniscencia* y aquella *omnipresencia* que desde el inicio quiso adquirir” (P. Virilio, *Bunker Archaeology*, p. 18).

y múltiples actores políticos, sociales y económicos, se vuelve posible un número casi infinito de combinaciones y permutaciones y, por lo tanto, de resultados. Por ello, se habla de transiciones desde gobiernos autoritarios, pues se conoce el punto de partida, mas no de transiciones hacia la democracia, pues el resultado es incierto. Las transiciones son juegos particulares, juegos en los que se cambian las reglas del juego (instituciones) de acceso y ejercicio del poder público. Aunque la metáfora complejiza el espacio político, su nueva multidimensionalidad no imposibilita la explicación. Es posible encontrar regularidades y, aunque la cantidad de resultados se vuelve casi infinita, no todos los resultados son igualmente *probables*. Ello depende, en buena medida, de la capacidad de agencia de los actores, pero también de restricciones implícitas que estos suelen respetar, incluso a pesar de que el juego que juegan es para cambiar las reglas. La primera consiste en que está prohibido cobrar las posiciones de dos jugadores: el rey del jugador “oligarquía” y la reina del jugador “fuerzas armadas”. La segunda: “El instrumento supremo para «patear el tablero» [lo retienen] las fuerzas armadas.”¹⁹ Y esta posibilidad, que es la del golpe de Estado, depende del grado de deterioro institucional en el que se encuentre la arena política antes de comenzar.

Del historicismo a la temporalidad radical y del espacio a la espacialidad

Pero hay algo mucho más oscuro en todo esto. Si el ajedrez de Maack nos ofrece un espacio tridimensional, con múltiples direcciones posibles, se trata todavía de un espacio que llamaríamos euclidiano, es decir, homogéneo e indiferente. La potencia del historicismo y después del vínculo entre ser y tiempo (tal como Heidegger, entre otros, lo pensó) proviene de

19. G. O’Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead, *Transiciones desde un gobierno autoritario* 4, p. 113.

un movimiento esencial, a saber, el dejar de considerar la temporalidad como un despliegue homogéneo, como una mera sucesión de instantes. El nacimiento de una temporalidad radical tiene lugar en el momento en el que el tiempo, que en Kant era una forma de la sensibilidad *del* sujeto, somete al mismo sujeto a su dominio. Pensar el tiempo del tiempo equivale a pensar el *origen* del tiempo o el movimiento originario de temporización. El origen del tiempo significa así dos cosas: primero, que nada escapa a él, que todo surge y perece en su fuego; segundo, que el tiempo deja de ser homogéneo, es decir, no se trata de un presente alargado, donde el pasado y el futuro son modificaciones suyas, sino que este presenta una *diferenciación cualitativa* esencial e *intrínseca*.

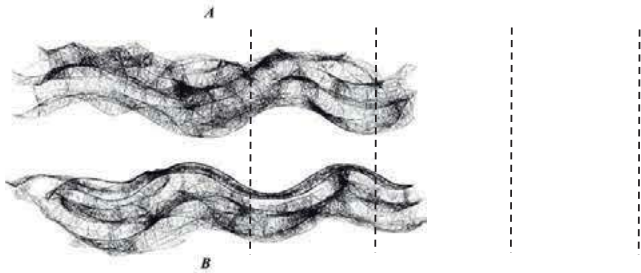
Si hemos de considerar el espacio con toda su radicalidad, debemos ejecutar el mismo movimiento que realizó el historicismo con la temporalidad: colocar al espacio en el espacio, plegarlo y desplegarlo *sobre* sí y *desde* sí, dejar atrás el “espacio” como dimensión extrínseca y dar lugar a un pensamiento de la *espacialidad*. Eso quiere decir una sola cosa: superar el concepto vulgar de espacio, representado por el espacio euclidiano el cual, lo sabemos ahora, no es sino un caso de una teoría mucho más general de las variedades.²⁰ Expliquemos esto: Carl Gauss es el verdadero padre de esta idea con su “teorema egregio”, piedra fundacional para pensar el espacio de manera *intrínseca*, tal como la filosofía del tiempo logró hacerlo con el tiempo. El teorema afirma, de forma intuitiva, que un espacio se define por sus cualidades intrínsecas y que no debe ser *embebido* en el espacio euclidiano. Este último es un caso especial y se dice que es homogéneo porque su curvatura en todas las direcciones es igual a 0. Pero un espacio puede variar su curvatura de forma *local*; esta puede ser positiva o negativa y no necesariamente constante, lo que libera al espacio de su representación abstracta e indiferente, que había regido desde Euclides y que está en la

20. Cf. B. Riemann, *Bernhard Riemann Über die Hypothesen*. La idea básica es que *todo* espacio es *localmente*, euclidiano, pero ello no se cumple *necesariamente* a escala *global*.

base del pensamiento de Descartes y Kant. Por cierto, los filósofos, en su generalidad, nunca entendieron la relevancia de este verdadero acontecimiento filosófico-matemático.

Que el espacio tenga una *forma* (local, según su curvatura, pero también global, como lo admite la topología) es la intuición radical de donde se sigue que las cosas no están simplemente en el espacio. Por el contrario, todo ente, todo acontecimiento, toda relación es inseparable del espacio en el que tiene lugar, no está dado absolutamente. Pero, igualmente, un mismo espacio admite *diferentes presentaciones* (*deformaciones*, en el lenguaje topológico). No hay ningún “en sí”: todo espacio concreto exhibe posibilidades e imposibilidades para las cosas que pueden advenir en él y así puede fungir como un sitio de morfogénesis y estabildades estructurales relativas. Dijimos que el estructuralismo había pensado fundamentalmente en términos algebraicos, lo que quiere decir en términos discontinuos. El continuo, en cambio, fue tratado como masa amorfa. La topología revela la estructura del continuo, aunque puede asociarse también a estructuras discretas (como en la topología algebraica).

Esto es visible en el texto fundador del estructuralismo: el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. Ahí el signo aparece como constituido por una cara significativa y una cara de significado. La primera corresponde a la imagen acústica; la segunda, al concepto. Pero el signo mismo exige un acto de *individuación*, sin el cual no podría existir la propiedad combinatoria intrínseca al lenguaje. Saussure explica el surgimiento del signo a partir de un corte dentro de un *continuum*, que sucede tanto del lado del significativo como del lado conceptual. El prejuicio, compartido por todo el estructuralismo, proviene de pensar que dentro del continuo no puede haber estructura, sino simplemente una suerte de materia prima indiferenciada que recibiría después su forma desde fuera, la cual operaría como principio de individuación. El signo sería así el resultado de alguna misteriosa intervención. La imagen que nos da Saussure es la siguiente:



Fuente: F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, p. 136.

Siguiendo el diagrama, vemos que tanto el significado como el significante (A y B) pertenecen originalmente a un flujo indiferenciado e imposible de articular antes de un corte, representado por las líneas punteadas verticales. Además del corte dentro del flujo indiferenciado, ambas caras son unidas de manera arbitraria para constituir el signo. Es solamente después de que los signos han sido constituidos que pueden entrar en una cadena sintagmática y así producir sentido. De esta manera resulta posible que cada signo ocupe una *posición* con relación a otros signos y decida así su “valor”, es decir, su significación. Lo que debemos resaltar es la actitud profundamente tradicional que subyace al planteamiento de Saussure y al (pos)estructuralismo²¹ en general, de negar al continuo toda determinación y capacidad significante. El planteamiento de Gauss nos abre, por el contrario, una puerta para pensar la forma no solo en el ámbito diferenciado y cuadrículado de la estructura, sea del ajedrez o del lenguaje, sino también en el espacio cualitativo del continuo.

21. Una salvedad la constituye sin duda Gilles Deleuze quien, sin embargo, constantemente hace operar una *inversión* en la jerarquía entre el continuo y lo discontinuo. Con todo, Hardt y Negri son deudores de esta intuición deleuziana.

Espacios de espacios

Pero hay que ir todavía más lejos. El razonamiento geométrico del ajedrez tridimensional ofrecido por Hardt parece insuficiente para captar la complejidad de lo que él y Negri llaman el orden mundial. En su ejemplo no se trata de un mismo juego, con las mismas reglas, pero extendido en múltiples dimensiones. El argumento es fundamental, pero insuficiente, porque justamente lo que ya no rige en los tres registros involucrados es la misma lógica. Las reglas del poder militar, las reglas del poder económico y las reglas de la sociedad civil son distintas y se mueven sobre supuestos diferentes. Deberíamos decir que se trata de un *juego de juegos*, donde en un tablero se juega ajedrez, en otro go y en otro más, damas chinas. La metáfora sería acertada, siempre y cuando aceptáramos que hay también otros juegos (o reglas) “diagonales” que relacionan los diferentes tableros entre sí, evitando que se trate de juegos paralelos y mostrando más bien su *entrelazamiento fundamental*, bien que diferenciado, donde cada juego guarda su autonomía *relativa*. Podríamos decir incluso que la interacción entre diferentes niveles es siempre diferente, flexible e itinerante.

En efecto, las reglas de la guerra, que involucran no solo el despliegue de soldados y tecnologías de destrucción, sino tratados internacionales sobre la guerra y organizaciones como la ONU y la OTAN, no son compartidos con el poder económico, que se rige más bien por la supuesta ley de la oferta y la demanda y otras instituciones como la OMC y la OIT. A su vez, la sociedad civil parece organizarse en partidos, ONG y movimientos sociales, teniendo como referente a los Estados nacionales y los tratados internacionales que ellos han suscripto en materia de derechos humanos. Hay, claro, organizaciones, reglas y leyes diagonales, pero eso no impide pensar la relativa autonomía de cada esfera, de cada campo. Quizá habría que decir que en diferentes *regiones* las relaciones entre los campos son distintas: a veces independencia, a veces sometimiento, a veces simbiosis, a veces contradicción, a veces indistinción; todo depende del tiempo y el lugar.

Las ideas que aquí avanzamos podrían articularse no solamente en términos topológicos, sino también en los términos de una *cierta* teoría de categorías, donde no hablamos de un solo espacio o, mejor, de una sola categoría, por compleja que sea, sino de diferentes categorías independientes, **pero** que pueden establecer relaciones (*transformaciones, funtores*) entre sí; **pero** aquí no podemos ir más lejos. Lo más difícil en un pensamiento de la espacialidad reside en resistir dos tentaciones: demasiada generalidad y demasiada especificidad. Lo global hace perder de vista la variedad de interacciones, lo específico, el modo en que los espacios se conectan entre sí localmente. Pero lo específico, en aras de una reivindicación de lo regional y local, hace invisible la complejidad misma en la cual se articulan siempre diferentes registros y escalas. Es por esta razón que hablar de un centro simple y de una periferia simple, de un adentro y un afuera simples, de un borde que simplemente separa, de un puro continuo o de una pura discontinuidad pierde toda relevancia. El reto de un pensamiento de la espacialidad puede resumirse en la siguiente pregunta: ¿cómo pensar espacios de espacios sin que ello signifique un desbordamiento de complejidad que nos impida generar un pensamiento de la espacialidad social y políticamente productivo?²²

Ensanchando el espacio más allá de la experiencia

Ferdinand Maack procedió como un científico. Sabía que las modificaciones en la guerra y su reflejo en un ajedrez tridimensional se debían a un

22. Ver a propósito Arturo Aguirre, "De la física a la fenomenología del aterrado", p. 57, y su discusión sobre la espacialidad de la violencia. En este encontramos el núcleo de una consideración que va más allá del restringido marco de la fuerza. La violencia y el dolor que le acompaña "se concentran en un punto doliente", se trata de "una zona que emplaza no a un dolor sino una *xorá* doliente, un espacio que no existe y que solo es llenado como dolor; no un espacio extendido sino un espacio sin extensión que es hábitaculo, esto es: un no-lugar en el que acontece la imposición al dolor. Para comprender este no espacio habría que repasar el vacío y el intervalo atomista de Demócrito y el espacio como *xorá* en Platón".

cambio en la manera de vivir, percibir y pensar el espacio. Lo señala con claridad: hemos conquistado una nueva dimensión del espacio y eso altera nuestros terrenos de juego. Pero resulta obvio que para nosotros Maack no fue suficientemente lejos. Durante el siglo XX asistimos a una experiencia inédita del espacio, que involucra el borramiento de las fronteras usuales de los lugares y los contextos y, en general, el cambio del territorio mismo donde se juegan las relaciones sociales, sean estas del matrimonio, la política o la guerra. Hemos asistido también a cambios en la escala del espacio y que nos plantea problemas de lo local y de lo global. Y también hemos visto emerger un espacio más fluido, cambiante y puramente *relacional*. La perplejidad en la que nos vemos envueltos requiere nuevos conceptos y nuevos modos de pensar el espacio en general. Así como Maack pudo ver la conexión entre la guerra y la conquista del espacio euclidiano tridimensional, es posible encontrar en la matemática contemporánea conceptos para captar relaciones inéditas que usualmente nos llevan a contradicciones y perplejidades. Siguiendo en la misma línea de reflexión del ajedrez y otros juegos de mesa podemos leer en *Mil mesetas* de Deleuze y Guattari:

Las piezas del ajedrez están codificadas [...] el caballo siempre es un caballo, el alfil un alfil, el peón un peón [...] Los peones del go, por el contrario, son bolas, fichas, simples unidades aritméticas cuya única función es anónima, colectiva o de tercera persona [...] son los elementos de un agenciamiento maquínico no subjetivado, sin propiedades intrínsecas, sino *únicamente de situación* [...] solo tiene un medio de exterioridad o relaciones extrínsecas con nebulosas, constelaciones, según las cuales desempeña funciones de inserción o de situación, como bordear, rodear, romper [...] *no se trata del mismo espacio*, en el caso del ajedrez se trata de distribuir un espacio cerrado, así pues, de ir de un punto a otro, de ocupar un máximo de casillas con un mínimo de piezas. En el go, se trata de distribuirse en un espacio abierto, de ocupar el espacio, de conservar la posibilidad de

surgir en cualquier punto: el movimiento ya no va de un punto a otro, sino que deviene perpetuo, sin meta ni destino ni salida ni llegada. Espacio liso del go frente a polis [...] *Otra justicia, otro movimiento, otro espacio tiempo.*²³

Este espacio parece más próximo a nosotros si queremos entender la guerra de guerrillas, cómo ejercen poder las organizaciones no gubernamentales, o cómo se desenvuelven los flujos de información en esta era informática. Sería un error pensar que hemos dejado el territorio, el lugar, el espacio, para dar sitio al código informático. Pero este llamado código supone también un espacio de relaciones, distribuciones de poder, instituciones. Este es el espacio al cual somos convocados a pensar. ¿Qué quiere decir entonces este espacio “liso” del que hablan Deleuze y Guattari?

Como lo elaboran a lo largo de *Mil mesetas*, se trata del espacio continuo, diferencial, redefinido por Georg Bernhard Riemann (y, necesariamente, por su antecesor Gauss), que está en la base de la solución de ecuaciones polinomiales de múltiples exponentes (y de las ecuaciones diferenciales de la física relativista) y que es también el antecedente de la geometría no métrica, puramente cualitativa, llamada topología. No cabe duda de que Maack estaba conceptualmente cerca de Kant y no hacía sino expandir nuestro espacio *percibido*. Pero la revolución de Gauss y Riemann tiene que ver con la definitiva separación de la geometría de sus bases intuitivas. No es que no pueda ser reconducida *históricamente* hasta la experiencia, sino que la geometría que condiciona un espacio de juego puede ser profundamente opaca para quienes la habitan. En otras palabras, *el espacio deja de ser una forma de la sensibilidad humana* para convertirse en una estructura que condiciona la experiencia en general. Diríamos, en ese sentido, que el espacio deviene “inconsciente”. En esta tónica deberá hablarse, además, de *espacios* o de espacialidad, y no *del espacio*. En segundo lugar, la métrica (el

número, la medida) no será obligatoria para pensar un espacio y un mismo espacio podrá soportar diversas métricas (diríamos, *mutatis mutandis*, perspectivas). Pero todo esto resulta posible gracias al hecho de considerar el espacio de manera *intrínseca*, y no forzando a cada espacio a entrar en nuestro espacio ambiente (euclidiano de tres dimensiones). Es así también como Gauss introduce los números imaginarios, que no se comportan como los números reales. Las ecuaciones complejas deberán resolverse de manera que indiquen su componente “real” y su componente “imaginario”. El mismo Edmund Husserl encontraba un problema con los números imaginarios, al saber que ellos no podían ser reconducidos directamente a una intuición, pues ¿cómo debe intuirse la raíz cuadrada de -1?

En la figura de un ajedrez tridimensional que nos ha ocupado, nos confrontamos con el problema de la “juntura” o unión de diversos tableros, es decir, el problema de su *conexión*. La imagen de múltiples juegos entrelazados recíprocamente, sin formar un único juego, nos remite a una suerte de estructuralismo del estructuralismo, es decir, al punto donde las diferencias fundamentales no tienen ya lugar entre elementos, sean fonemas o significantes, o cualquier tipo de unidad, elemento, conjunto o mónada (en todos estos casos se trata de “puntos”, que después pueden establecer relaciones entre sí; dicha postura prohíbe, además, que los puntos posean alguna estructura interna y que las relaciones cuenten a su vez como puntos; aquí se prohíbe la invertibilidad entre puntos y relaciones), sino *entre estructuras*, entre *espacios* o entre *categorías*. Si al siglo XX le correspondió afirmar el carácter diferencial de toda estructura, la exigencia hoy consiste en reconocer y analizar las relaciones de relaciones, los conjuntos de conjuntos, las estructuras de estructuras, solo que en este *cambio de nivel de organización* no podemos conformarnos con una tosca iteración del tipo “todo conjunto está hecho de conjuntos hasta el infinito” o que “las estructuras de estructuras siguen siendo una estructura más”. Un entrelazamiento de varios juegos exige pensar los bordes claros o difusos de cada tablero, los puntos de tránsito, las posibilidades de traducción de una jugada en un tablero a otro, etcétera.

23. G. Deleuze y F. Guattari, *Mil mesetas*, pp. 360-361.

Contemporáneamente nos vemos en la situación de habitar espacios complejos donde, por un lado, se nos ofrecen ciertos objetos “visibles” los cuales, sin embargo, dependen de un sistema que, él mismo, no es visible. Pero, más aún, vivimos en mundos donde no solamente se nos imponen estructuras o espacios invisibles, sino donde, incluso, hay más de uno en juego. El caso paradigmático lo podemos encontrar en la economía. La crítica clásica de Marx a la economía política de su tiempo reside en su *incapacidad estructural* de mostrar el verdadero *origen* del valor, conformándose con una esfera ya constituida de relaciones sociales y de producción que hacen invisible la *totalidad* del sistema de producción. Marx, desde los *Grundrisse* hasta *El capital*, muestra cómo cierto modo de ver un espacio de juego necesariamente involucra un punto ciego, de tal manera que resulta necesario *cambiar la pregunta*. Louis Althusser apunta agudamente que la economía clásica pretende explicar el valor a partir del trabajo, pero no del trabajo abstracto.²⁴ Es decir, no se ve la abstracción aquí. Marx nos permitiría reformular la pregunta por el origen del valor de una mercancía a partir de una *reconfiguración completa del campo de relaciones*. Con ello, parece, podrían superarse las abstracciones típicas de la argumentación económica liberal y devolverlas a suelo concreto de donde salen, pero de manera invertida. Mucho se puede decir sobre la teoría del trabajo-social-tiempo-de-producción-promedio y el valor de cambio que aparece en la esfera de la circulación, sobre el trabajo vivo reducido a su abstracción o sobre la fuente del plusvalor. Pero el hecho es que hoy el sistema económico no depende *solamente* del trabajo y la producción de mercancías-cosa. Hoy el sistema económico, realizando su propio giro “lingüístico”, ha rebasado la esfera del dinero “constante y sonante” para abrirse camino por los “imaginarios” caminos de la especulación, la deuda, el crédito, es decir, el capital financiero. Sería inútil intentar retrotraer los movimientos de valor que tienen lugar en la bolsa a trabajo concreto.

24. Louis Althusser y Étienne Balibar, *Para leer El capital*.

Esto quiere decir que existen otros modos de extraer plusvalor, que están enraizados en otros espacios que no reemplazan, sino que se articulan con otros históricamente anteriores. Si quisiéramos servirnos de la metáfora matemática de los números complejos diríamos que hay una parte “real” de la economía que se dirige en la esfera tradicional del trabajo y otra parte “imaginaria” (que no es menos real, pero que opera con otra lógica) que se relaciona con la existencia de símbolos y que se efectúa como capital financiero. Estos dos ejes (real e imaginario) nos darían un espacio complejo para pensar fenómenos que parecen moverse en esferas independientes y cuya conexión se mantiene inexplicable para nosotros.

Consideraciones finales: el espacio en el espacio (y algo sobre el tiempo)

Puede parecer entonces que las nuevas ideas del espacio provenientes de las matemáticas las *aplicamos* a nuestros diferentes objetos de estudio con mayor o menor éxito. Pero eso todavía no implica pensar al espacio de manera *intrínseca*. Pensar el espacio significa no solo situar objetos en él, ni tampoco, simplemente, dividirlo, unirlo o separarlo, agujerarlo o suturarlo; no solo plegarlo o desplegarlo, implicarlo o complicarlo. Se trata también del acto paradójico de situar a quien sitúa, de pensarse pensando desde un lugar, al mismo tiempo que se piensa tanto ese lugar de inscripción como el espacio que se incluye a sí mismo por una extraña torsión. Pensarse situado, tal es la exigencia contemporánea que estamos dispuestos a cumplir, pero con una condición: renunciando a creer que eso significa una localización simple. Estar situado significa mucho más que pensar desde un “lugar”, digamos, Europa, América Latina o África, por ejemplo. Puesto que nunca se está en un solo espacio, y puesto que hay múltiples tipos de espacios en juego en una compleja conexión, diremos que siempre se habla en el entrecruce de varios lugares. No hay nada así como un hablar desde una identidad local sin que tengan lugar tanto una dislocación como una “multilocalización”.

El límite de esta posición lo encontramos en nuestros discursos y sobre todo en las diferentes direcciones con las que intentamos orientarnos en el pensamiento y en la práctica. El siglo XX identificó múltiples historias que embozaban un olvido, una opresión, una herida, y se forjaron múltiples nombres para nombrarlo: metafísica, capitalismo, etnocentrismo, colonialismo. Ahí mismo vimos desfilar en una *danza macabra*, al estilo de Saint-Saëns, múltiples muertos: Dios, el hombre, Europa, la metafísica, el mundo mismo. Es del todo comprensible: en la época de privilegio del tiempo, el lenguaje que teníamos que adoptar era el del origen y el final, el nacimiento y la muerte. Finalmente, aparecieron los “métodos” o las “estrategias” para atravesar dichas historias de olvido, encubrimiento y dominación: *Destruktion* o deconstrucción, materialismo dialéctico, crítica, pos o decolonialismo, genealogía, microhistoria. Pero el procedimiento mismo se reservó una paradoja. Que el medio, la crítica, se convirtió en el fin mismo, y el fin, la posibilidad de otro orden, otro origen, se fue desvaneciendo, sea bajo la figura de lo imposible, sea bajo la convicción de que detrás de los grandes optimismos se ocultaba siempre una ilusión, un engaño. La moraleja es sin duda que en la historia los primeros siempre son ya segundos y los últimos, los penúltimos.

Pero ¿qué significa eso para nosotros? Que quisimos fundar, dependiendo de la perspectiva elegida, pero de manera exclusiva, el capitalismo en la metafísica o la metafísica en el capitalismo o el colonialismo en el capitalismo o a ambos en la metafísica, como si hubiera un solo suelo, un solo espacio, un solo principio. Metafísica, colonialismo, capitalismo, cada uno reclama para sí el derecho absoluto de última instancia, de fundamento de los dolores y malestares de la época. Lo cierto es que ya no podemos recogerlos todos en un solo manojo, ya no podemos dejarnos reconducir a una sola matriz, a un solo nombre, a un solo tablero, a un solo juego, para hacer frente a los avatares del mundo, que no son solo económicos, sino también “existenciales” e intelectuales. Pero lo más difícil de todo esto no reside ya en la dispersión de los principios (su “espaciación”) o distribución en diferentes espacios, si lo queremos ver así, sino que a veces lo que uno nos pide entra en colisión con el otro. Mientras que ciertos grupos demandan, según su sistema de

creencias, más democracia, perfeccionamiento de las instituciones, para otros ella representa la ilusión misma y el impedimento para una democracia “real”, que debería ser absolutamente directa. Pero para un crítico de la metafísica, la idea de una presencia pura y directa, la participación de un sujeto sin mediaciones ni restricciones, representa no solo una ilusión, sino incluso un peligro totalitario oculto en un deseo de inmediatez.

Aquí podemos situar también el dolor de nuestra época, su desgarramiento crónico: estar repartido en varios espacios, cada uno con sus reglas, sin poder conocer cada uno de ellos, ni mucho menos su intrincación recíproca, su conectividad. Lo único que resta es un llamado a algo que solemos denominar con demasiada tranquilidad “complejidad”, pero que exige una posición radical, a saber, la renuncia a las oposiciones acomodaticias, a los lugares comunes, a la delimitación tradicional de los espacios y a la totalización de un solo discurso. Pero también se exige superar la posición, no menos simple, que afirma la posibilidad de una exterioridad pura, un borde simple, un origen sencillo. Y se exige también abandonar el privilegio de la diferencia sobre lo mismo, el corte sobre lo continuo, la exterioridad sobre la interioridad, la multiplicidad sobre la unidad, porque todas ellas no son sino cualidades locales que se insertan en la complejidad de los espacios, de espacios de espacios.

Aquí solo nos preguntamos si estaremos a la altura de los problemas que un pensamiento de la espacialidad nos plantea, pero, sobre todo, si al afrontarlos no volvemos a embozar aquello que un pensamiento del tiempo nos hizo ver. Tiempo y espacio, pensados de forma intrínseca, semiindependientes, pero entrelazados de manera múltiple, compleja: quizá ahí se encuentre una primera clave para el enigma y la exigencia de nuestros tiempos.

Bibliografía

AGUIRRE MORENO, Arturo, “De la física a la fenomenología del aterrado: la violencia en el espacio común”, en Arturo Romero Contreras e Ignacoi

- Hernández Parra (eds.), *Nuestro espacio doliente*, Ciudad de México, Afinita, 2016. DOI 10.13140/RG.2.1.3907.7920.
- ALTHUSSER, Louis y Étienne BALIBAR, *Para leer El capital*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1965.
- BÉZIAU, Jean-Yves, "From Paraconsistent logic to universal logic", *Sorites*, 12, mayo de 2001, pp. 5-32.
- BOURDIEU, Pierre, y Loïc WACQUANT, "El propósito de la sociología reflexiva", en *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- CARDOSO, Fernando Henrique y Enzo FALLETO, *Dependency and Development in Latin America*, University of California Press, 1979.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI, *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 2002.
- DERRIDA, Jacques, "La Différance", en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 37-62.
- HARDT, Michael y Antonio NEGRI, *Empire*, Harvard University Press, 2000.
- HARVEY, David, *Social Justice and the City*, Athens, University of Georgia Press, 2009.
- MAACK, Ferdinand, *Anleitung zum Raumschach: Dreidimensionales Schachspiel*, Hamburgo, Selbstverlag, 1908. Disponible en <https://archive.org/details/anleitungzumrau00maacgoog>.
- MAHONEY, James y Dietrich RUESCHEMEYER, *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, Cambridge University Press, 2003.
- MARX, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, vol. 1, Madrid, Siglo XXI, 1972.
- , *El capital: crítica de la economía política*, t. I, vol. I: *El proceso de producción del capital*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2015.
- O'DONNELL, Guillermo, Philippe C. SCHMITTER y Lawrence WHITEHEAD, *Transiciones desde un gobierno autoritario 4: conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Barcelona, Paidós, 1986.
- PREBISCH, Raúl. "El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas", Cepal, 1948. Disponible en <http://prebisch.cepal.org/es/textos/el-desarrollo-economico-america-latina-algunos-sus-principales-problemas>.
- RESZITNYK, Andrew, Tyler J. POLLARD y Michael HARDT, "Three dimensional chess in the age of Empire: Poors, the Multitude, and the Commons. A Conversation with Andrew Reszitaryk", McMaster Center for Scholarship in the Public Interest. McMaster University, febrero de 2014. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=DSXQa3D4BY>.
- RIEMANN, Bernhard, *Bernhard Riemann über die Hypothesen, welche der Geometrie zu Grunde liegen*, Berlin, Springer Spektrum, 2013.
- SASSEN, Saskia, *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, 2001.
- SAUSSURE, Ferdinand de, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1945.
- VIRILIO, Paul, *Bunker Archaeology*, Nueva York, Princeton Architectural Press, 1997.
- WACQUANT, Loïc, "Deadly symbiosis when ghetto and prison meet and mesh", *Punishment & Society* 3 (1), enero de 2001, pp. 95-133. Disponible en <https://doi.org/10.1177/14624740122228276>.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World-System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, University of California Press, 2011.